

—¡Qué dichoso es usted! agregó Prieto, lamiéndose los labios.

—Todo por tres chicas! eso no vale la pena.

Chucho el Ninfo no avanzaba sustancialmente en sus pretensiones con Mercedes, y esta seguía luchando con denuevo; pero en cambio se murmuraba ya en alta escala de estos amores, que Chucho negaba de una manera tal, que cada negativa suya era una confirmación.



CAPÍTULO VIII.

El amor considerado como artículo de primera necesidad.

ENTRETANTO, Gonzalez creía haber encontrado una perla en el muladar, y se felicitaba por haber tenido esa fortunita.

—La chica es guapa, exclamaba Gonzalez á sus solas; yo siento ser infiel, pero como ha de ser!... mi muger se ha empeñado en hacerse odiosa, y las cosas han venido de rodada. Si yo hubiera seguido siendo caserito merced á las buenas prendas de Angelita, no hubiera andado de aquí para allí

como un loco buscando entretenimiento; pero Angelita llegó á aburrirme y me sucedió esta atrocidad... y ahora á lo hecho pecho, adelante; yo procuraré que mi muger nada trasluzca; porque si tal cosa sucediera me armaban un escándalo gordo.

Dirémos en que predicamento encontró Gonzalez á Concha.

Concha había amado, como saben ya nuestros lectores; primero á Arturo después al general y después á Pio Blanco. Tras de Pio Blanco asomaron la cabeza las mil necesidades que Concha hasta entonces había tenido cubiertas.

La mujer, tan mal jugada en materia de equilibrio social cuando pasa de la categoría legal de esposa ó hija, tiene que convertirse en la *orquidea* de un individuo del sexo fuerte por razón de equilibrio; pero he aquí que toda

unión que está fuera del orden moral establecido, subsiste á merced de todas las contrariedades y de todas las vicisitudes.

La mujer fuera de la unión legítima se pone enfrente de todas las humillaciones, y comienza una lucha en la que siempre deja con los jirones de su pudor los restos de toda su valía moral.

Concha vió con horror su vestido de seda el primer día que le faltó pan: y se puso á pensar en el precio del pan con toda la amargura del hambre.

Hasta allí se lo habían dado los que la habían amado; pero ya nadie la amaba.

Concha le preguntó á la sociedad por su derecho al pan cotidiano; y la sociedad no le enseñó una panadería sinó un espejo.

La moral le enseñó un castigo.

10
UNIVERSIDAD DE CERO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTREY, MEXICO

Solo el amor era su sosten: tenía que subsistir por el amor.

Esta exigencia es la más terrible de las necesidades. Los desheredados de la fortuna, tienen derecho á los consuelos de la moral, de la filosofía, de la estimación y hasta del orgullo; pero las desheredadas del amor, llaman á las puertas del festin muertas de hambre y solo la humillación que las afrenta les entreabre las puertas.

Concha no amada por nadie sintió todo el terror del aislamiento; y cada día que pasaba sin homenajes, sin sonrisas, sin generosidades, delectaba estremeciéndose la traducción de esos beneficios en un sola palabra *hambre*.

Concha que hasta entonces no había necesitado ni aun ser coqueta para ser amada, pensaba el mendigar amor al precio de mil humillaciones.

Y los días pasaban con toda la pro-

sa de sus incesantes exigencias, sin que un solo galan la redimiera, sin que hombre alguno viniera en pos de sus atractivos... Nada, ni un postor, ni un impresionable... ¡el sexo fuerte parecía haberse olvidado de si mismo!

Concha pensó en trabajar; pero el trabajo era tan rudo para sus manos engreidas en la ociosidad, y la recompensa era tan mezquina que se mataría trabajando inutilmente; sin embargo consiguió costuras y se sentó á coser pensando más bien en el monto de sus deudas y en el jornal insuficiente, que en la costura; y los complicados cálculos aritméticos en que se divagó echaron á perder su trabajo.

Cortó mal, se equivocó, y comprendió al terminar el día que tenía que pagar la costura, y se entregó á la desesperación y las lágrimas.

Así la encontró Pio Prieto, quien

por vía de consuelo le propuso llevarla á un baile.

Al principio Concha desechó la idea, pero á instancias de Prieto fué animándose, porque en su mente atravesaba una esperanza que ni á sí misma quería confesarse.

En esta disposición encontró Gonzalez á Concha, quien en lo intimo de su pensamiento creyó tener ya la solución del presupuesto mientras que Gonzalez según hemos visto, se regocijaba de aquel golpe de fortuna que lo iba á indemnizar de los malos ratos que le daba Angelita.

Pero hay lunas de miel que acaban muy pronto; y Gonzalez tuvo de ello una prueba prematura, porque poco después del notable menoscabo de sus quincenas se le apareció un día doña Lola la madre de Concha.

—Caballero, le dijo á Gonzalez con

voz ronca, pues doña Lola había enronquecido y envejecido al lado de un compadre suyo, llamado D. José de la Luz —Caballero al fin soy madre y veo por mi hija, que á Dios gracias, no siempre se ha encontrado en tan mala posición como usted la vé; y esto clama al cielo, porque mi Conchita está acostumbrada á otra cosa de manera que como usted la quiere, según sé, y es usted un hombre decente, vengo á saber de cuanto es la pensión.

—¿Qué pensión? preguntó Gonzalez.

—Quiero decir, ella no pide lujo; pero está muy empeñada y está perdiendo todas sus prendas.

A Gonzalez se le vino el mundo encima; y ante aquella calamidad no había más recurso que una transacción ruinosa, que aceptó al fin Gonzalez como el primer paso para su perdición,

en obvio de los escándalos que le amenazaban.

Mientras esto le pasaba á Gonzalez, Chucho el Ninfo procuraba hacerle á Angelita menos monótonas sus largas horas de aislamiento; de manera que el horizonte no se presentaba de lo más halagüeño para Gonzalez ni por parte de Angelita ni por parte de la feliz compensación que había creído encontrar en Concha.

El amor como se ve, estaba siendo el móvil de todos los acontecimientos.

Concha necesitaba el amor como alimento nutritivo y como solución favorable.

Gonzalez lo tomaba en grandes dosis como la zarzaparrilla de Bristol.

Mercedes lo aceptaba como veneno.

Cárlos lo veía alejarse como ilusión.

Y Chucho el Ninfo lo usaba como sus levitas, y alimentaba con él la serpiente de su vanidad.

El niño vendado de antaño es un gran autor en la comedia humana y desempeña en algunas pitipiezas múltiples papeles.

En cuanto á las pollas que Chucho enamoraba, eran calificadas por él como moneda corriente, porque no le oponían resistencia, y con esta confianza, Chucho hacía todos los días una ó dos conquistas de este género.

La muger en su primera edad, considera al hombre como un bonito juguete: por eso las niñas se enamoran del pollo más pulcro y más insustancial, del que tiene más bonitos ojos y es más afeminado.

En este terreno, Chucho el Ninfo no tenía rival. El último animal de la escala, llamado el rey de la creación, el hombre, es para las pollas un problema oscuro y sin atractivo; de manera que un pollo almibarado mientras más se

aleja del tipo ideal del hombre, tiene más aceptación entre esas larvas humanas que se llaman pollas.

Chucho el Ninfo pintándose los labios y calzándose ajustados los botines, haciéndose rizos en la frente, oliendo á magnolia y hablando despacio, no tenía precio en la región de las larvas.

En algunas mugeres, especialmente en las poco ilustradas, queda en su mente, aun en su mayor edad, el bello ideal del hombre en su estado de pollo; porque una imaginación poco cultivada no llega á comprender el tipo *hombre* en la plenitud de su magestad y su verdadera belleza.

La muger poco instruida está expuesta á elegir por esposo una nulidad social, y cuando esa cadena eterna y sagrada que se llama matrimonio cae sobre el cuello de dos esposos que lo fueron en virtud del atractivo de un

labio masculino teñido con carmin, ó del corte de un chaleco de Gardoqui, no hay que esperar, fundadamente, en que la unión moral no sea un infierno abreviado.

Mercedes y Cárlos se habían amado, pero no se habían unido.

Lo mismo les había sucedido á Gonzalez y Angelita.

Hijas de la misma madre Angelita y Mercedes, habían visto el mundo de las dimensiones de su vista miope; al hombre lo habían juzgado por la forma y por la bolsa, y sin ir más allá, habían hecho en su pequeño mundo lo que todos, hasta casarse.

De manera que cuando estas dos jóvenes habían empezado á conocer el mundo práctico se habían espantado.

Angelita se obstinó en encontrar una desgracia irreparable en un hecho sin trascendencia; creyó que su marido

le era infiel, que ella había hecho una barbaridad casándose con Gonzalez y aceptó de lleno el papel de esposa infeliz.

No tenía ella la culpa de no encontrar soluciones más allá de sus cejas. Las mil complicadas combinaciones de la unión moral, la obra espiritual de la fusión de dos almas y la práctica de las virtudes prudencia, amor y abnegación eran para Angelita y para Mercedes un dédalo de dificultades, una trigonometría incomprensible.

En medio de este aislamiento moral, de esta negación de espiritualismo vieron bonito á Chucho el Ninfo y lo amaron.

El primer impulso de amor pertenece á la forma.

El amor se exhibe primero para los que ven.

Consiente con los que sienten.

Y se engrandece, se inmortaliza y se sublima con los que piensan.

Chucho el Ninfo era el ideal de todas las mujeres tontas.

El hombre como elemento, como residencia y como agente es el amor mismo, en virtud de su sensibilidad.

Pero la inteligencia es el sello sublime del amor, la eterna luz, el lazo eterno que une el cielo con la tierra.

La falta de una educación filosóficamente moral y la imposibilidad de que cada sér sea perfecto y precozmente avisado, engendraron una aberración que se llama el diablo.

Doña Rosario lo veía con cuernos y le tenía un miedo horrible á sus uñas y á su trinche de dos puntas, y de puro miedo se metía en la iglesia.

Angelita lo veía tentando á su marido para que hiciera declaraciones amorosas delante de ella.

Mercedes le veía en Chucho el Ninfo, en sus ratos de fervor religioso, y ¡cosa rara! cuando lograba ver á Chucho el Ninfo en esta forma se consolaba, porque encontraba entonces una solución fácil y espeditiva á su situación pues sabía de memoria todas las recetas reconocidas como útiles contra el diablo.

Pero cuando Chucho traía una levita nueva, lo cual acontecía con mucha frecuencia, cuando se presentaba con su boquita entreabierta y su cabellera rizada y lustrosa, con su pié de mujer, con sus miradas de ángel, con sus manos de seda y con todos sus primores, Merced se olvidaba completamente del diablo y no sabía que hacer.

En cada una de estas perplejidades, Chucho daba un pasito.

Y cada pasito de Chucho era un resbalón de Merced.

Al resbalón seguían las lágrimas, luego el arrepentimiento, luego la confesión y al último la penitencia.

A este grado de cosas Chucho se quedaba esperando, porque una de las virtudes de Chucho era la imperturbabilidad.

Y en medio de estos compases de espera, cuando le preguntaban á Chucho:

—¿Y Mercedes?

—Ahora está santa, contestaba, y se entretenía con otra cosa.

Como todos tienen que hacer algo en el mundo con este personaje que se llama el diablo, diremos que á Perez se le presentaba en dos piesecitos azules: los de Elena.

A Elena se le apareció al oír la marcha de Norma que tocaron en su casa, al presentarse el coronel Aguado.

A Aguado se le presentó en los graciosos hoyitos de las manos de Elena.

A D. Francisco también se le apareció así; y desde entonces, quiere decir, durante diez y siete años, D. Francisco recordaba al diablo viendo á Chucho.

En cuanto á Chucho, debemos decir que el diablo no tenía para él un papel ostensiblemente importante, pero no por eso dejaba Chucho de tener algo que ver con este sugeto.

A pesar de los diez años que Chucho pasó al lado de su papá el señor don Francisco, conservó los restos de su primera educación en materia de creencias, pero de una manera original, si bien común por desgracia.

Chucho no medía la deformidad de sus faltas ajustándose á las leyes estrictas de la moral, ni dejaba de obrar en el sentido que le dictaban sus pasiones por respecto á la sociedad ni á sus deberes, sino que se había acostumbrado á complacer á su conciencia por

medio de ciertas compensaciones espeditivas.

Cuando ese aviso secreto de la conciencia hacia vacilar á Chucho en medio de su perversión; cuando sentía ese reproche íntimo é irresistible que obliga al hombre á conocer el mal que hace; Chucho seguía resueltamente el consejo de sus pasiones y después se lavaba las manos.

Chucho no dejó en todos los días de su vida de tomar agua bendita. Tenía una pilita de alabastro, recuerdo de su mamá, y la tenía siempre llena: todos los días tomaba agua bendita en alguna iglesia y rezaba una salve á la Virgen, que era una devoción muy buena, que le habia enseñado Elena y que Chucho jamás dejó de practicar; además, oía misa y rezaba el Trisagio el día primero de cada mes: las demás devociones las había olvidado por pa-

recerle demasiado embarazosas y porque, según él decía, con aquello le bastaba, por otra parte, Chucho tenía alta idea de la caridad, y la hacía con cierto fervor de que él mismo quedaba muy contento.

Todos los días le daba medio á un pobre, y al darsélo formulaba poco más ó menos esta plegaria:—Dar de comer al hambriento es una buena obra: Dios me la reciba en descuento de mis pecados.

Y daba el medio al pobre con la seguridad de que la tal plegaria atravesaba el cartón de su sombrero alto y llegaba al Empíreo. En esto estaba Chucho también muy en sus estribos y sabía bien que las oraciones de los pecadores llegan á donde se las envía con toda exactitud.

Este era Chucho, que si bien era conocido por el nombre del Ninfo, el

lector habrá tenido ya ocasión de compararlo á esa pequeña víbora de la Tierracaliente, que se llama Coralillo, vestida con hermosos colores, pero cuya picadura es mortal.

